

Hacia una ética compleja: interdependencia, ciudadanía global y ética del cuidado

Towards a Complex Ethics: Interdependence, Global Citizenship and Ethics of Care

Miguel Ramón Viguri Axpe

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Deusto, España

Contacto: mrviguri@deusto.es

<https://orcid.org/0000-0002-0592-9711>

ResearcherID: X-6337-2019

María Nely Vásquez Pérez

Facultad de Teología del Norte de España, Sede de Vitoria, España

Contacto: nelvasper@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-0879-5309>

ResearcherID: AAA-8850-2019

Javier Martínez Baigorri

Fundación Educativa Jesuitinas: Sede Pamplona, España

Contacto: javier.martinez@jesuitinaspamplona.es

<https://orcid.org/0000-0003-1457-0699>

ResearcherID: ABG-9031-2020

Recepción: 14/10/2021

Aceptación: 20/11/2021

Resumen

En nuestras sociedades globalizadas, la interdependencia se ha ido manifestando cada vez con mayor claridad como dimensión que atraviesa toda la existencia humana, en forma de red de relaciones basadas en cuidados mutuos. Esta red se da en un contexto sociopolítico evolutivo que ha de entenderse ecosistémicamente. La construcción de una nueva ciudadanía globalizada, que responda a la naturaleza ecosistémica de todo fenómeno social y humano, demanda una ética también compleja y ecosistémica: la ética del cuidado. Una ética que supera tanto el esquema de las éticas materiales como el de las éticas formales o discursivas, para transformarse en una ética del equilibrio de unos principios sistémicos que evolucionan adaptativamente junto con la misma vida. La ética del cuidado, como ética compleja, entonces, es más que una teoría ética: es una forma alternativa de gestionar los problemas humanos derivados de la interdependencia y del carácter sistémico y no-lineal del efecto que ejercemos sobre los demás en la red de nuestros procesos de construcción humana y social.

Palabras clave: Ética compleja; Interdependencia; Ética del cuidado; Ciudadanía global.

Abstract

In our globalized societies, interdependence has become increasingly clear as a dimension that runs through the entire human existence, in the form of a network of relationships based on mutual care. This network occurs in an evolving socio-political context that has to be understood as an ecosystem. The construction of a new globalized citizenship, which responds to the ecosystemic nature of all social and human phenomena, demands an ethics that is also complex and ecosystemic: the ethics of care. An ethic that goes beyond the scheme of material ethics as well as formal or discursive ethics, to become an ethic of the balance of systemic principles that adaptively evolve along with life itself. The ethics of care, as a complex ethics, then, is more than an ethical theory: it is an alternative way of managing human problems derived from interdependence and the systemic and non-linear nature of the effect we exert on others in the network of our processes of human and social construction.

Keywords: Complex Ethics; Interdependence; Ethics of Care; Global Citizenship.

1. Somos vulnerables de manera global e interrelacionada

Ser vulnerable es ser susceptible de ser lastimado o herido, ya sea física o moralmente. El concepto puede aplicarse a una persona, a un grupo social o a una sociedad entera, según su capacidad para prevenir, resistir y sobreponerse de un impacto (Martínez, 2020; Valdés, 2021). Este concepto va unido al de precariedad, la cual para Judith Butler "depende en gran medida de la organización de la relaciones económicas y sociales, de la presencia o carencia de infraestructuras de apoyo y de instituciones sociales y políticas" (2017a, p. 121). Es decir, es algo sistémico y relacional, a lo que todos estamos expuestos, tal y como ha mostrado la reciente pandemia mundial.

La pandemia del COVID-19 nos ha situado en un contexto de vulnerabilidad global en múltiples aspectos. El resultado de la interconexión global de todas las sociedades del mundo, y de su mutua interacción ante la amenaza del COVID-19, ha sido de "bloqueo" o incapacidad de la comunidad internacional para responder de forma adecuada (conjuntamente) a la presencia de un riesgo muy concreto pero globalizado (y, por tanto, de evolución imprevisible), con el consecuente desastre en todos los ámbitos (vidas humanas, pérdida de derechos, quiebra económica, crisis de valores morales, crisis de fiabilidad en los sistemas de gobierno, crisis en la construcción del ciudadano y de la ciudadanía).

La pandemia ha golpeado al mundo de forma desigual (Morin, 2020). Algunos pocos países parecen relativamente a salvo, como es el caso de Islandia o algunos países africanos, tal vez porque su baja densidad demográfica los protege. Por el contrario, otras naciones están sufriendo terribles oleadas de contaminación y muertes, como es el caso de Brasil, Estados Unidos, México, Perú, Argentina y Colombia. Las medidas sanitarias, que han sido muy diversas, han tenido una eficacia muy desigual. Por otro lado, la emergencia sanitaria ha suscitado también una intensa creatividad entre la gente, lo que ha estimulado la imaginación en la búsqueda de soluciones nuevas.

La pandemia del COVID-19 nos enfrenta a una situación sin precedentes, en la que descubrimos nuestra vulnerabilidad de modos varios y dramáticos (Fleito, 2020). Nos creíamos ilusamente amparados por el poderoso sistema tecnológico global, pero nos hemos dado cuenta de la debilidad de los sistemas políticos, económicos y sanitarios debido a otros factores sociales también globales. La vulnerabilidad de los sistemas de gestión de recursos, que encara la toma de decisiones más compleja tratando de preservar la justicia, pone en cuestión nuestra capacidad para resolver adecuadamente los conflictos de valores. Es preciso revisar estos entornos de vulnerabilidad porque la pandemia nos está obligando a repensar nuestro viejo modelo de sistema económico dominante y depredador, y a desarrollar una nueva lógica interrelacional, así como una ética comunitaria que esté a la altura del reto de la interdependencia global.

2. La pandemia nos obliga a repensar la lógica de la construcción social

A raíz de la paralización del sistema productivo, junto con el bloqueo de la oferta y la demanda internas, del comercio y de las finanzas, la actividad de las economías avanzadas se contrajo un 7% en 2020. Los mercados emergentes y las economías en desarrollo se contraerán un 2,5% este año 2021, su primera contracción como grupo en al menos 60 años¹. La disminución de los ingresos significará una pérdida del 3,5% en la renta per cápita, lo que empujará a la pobreza extrema a millones de personas. El dogma neoliberal de considerar al ciudadano como un mero individuo definido por su "racionalidad" (búsqueda del mayor beneficio privado con el menor coste), y a la sociedad como la suma de estos individuos y sus "transacciones racionales", solo

¹ Cfr. Comunicado de prensa del Banco Mundial. Recuperado de <https://www.bancomundial.org/es/news/press-release/2020/06/08/covid-19-to-plunge-global-economy-into-worst-recession-since-world-war-ii>. Visto el día 29 de mayo de 2021.

ha logrado —en esta como en tantas otras crisis globales— agravar las desigualdades sociales y dar un poder gigantesco a las grandes transnacionales que controlan la producción y el comercio de materias primas y de energía.

Es probable un derrumbe monetario-financiero: la crisis de la banca, los mercados especulativos y el crédito, junto con las monedas globales. Ello unido a un previsible decrecimiento. La falta de crédito ahogará el comercio, especialmente el internacional. También se producirán fuertes migraciones como consecuencia de la crisis económica y climática, lo cual aumentará la multiculturalidad de las sociedades. Entonces se producirá un movimiento de globalización multicultural, contrario al movimiento globalizador-colonizador de la cultura occidental actual.

Todo lo descrito producirá un cambio en la percepción social de la realidad y, por tanto, de los valores dominantes. La sostenibilidad y una vuelta a una concepción más colectiva de la existencia serán elementos inevitables en las próximas décadas, así como una opción por los cuidados mutuos a todos los niveles, o cuidados ecocomunitarios.

Ello es muy importante porque la crisis global se ha visto agravada por las carencias de una política —basada en un modelo de ciudadanía neoliberal— que ha favorecido el capital en detrimento del trabajo y ha sacrificado toda prevención y precaución en miras de la rentabilidad y de la competitividad. Los hospitales y el personal sanitario han sido víctimas de la política neoliberal que privatiza los servicios públicos y los somete a las presiones de poderosos *lobbies* (Morin, 2020). Precisamente por esto, a pesar de la adversidad, han reaccionado como auténticos héroes. Pero no debemos olvidar que primeramente han sido víctimas de un sistema político basado en unos conceptos obsoletos de construcción ciudadana.

La pandemia ha desvelado también nuestra dependencia total en muchas otras cuestiones: cadenas de suministros, productos farmacéuticos, material sanitario, etc. Este hecho nos insta a restablecer los tejidos productivos regionales y locales, y, al mismo tiempo, a reorientar la globalización tecnoeconómica, repensándola desde la conciencia de la realidad que se nos ha impuesto con carácter de evidencia empírica: los humanos somos una comunidad de destino compartido, que necesita de mayor fluidez en la cooperación política y en los intercambios culturales. Si esta conciencia humanista se difunde por el mundo y se convierte en una fuerza histórica, podría generar una auténtica corriente transformadora que vaya incluso más allá del principio de solidaridad: hacia una ética del cuidado.

3. La salvación no vendrá ni solo ni principalmente de la tecnociencia

El gran mito del capitalismo, que está colapsando, es el del progreso ilimitado. Se puede reducir a la expresión: "la ciencia y la tecnología lo pueden todo". Un problema fundamental de este mito es que la ciencia dista mucho de ser neutral y está cargada de ideología. No se desarrolla lo que socialmente pueda ser importante, sino lo que el mercado considera adecuado. Un mercado que ha convertido toda la tierra en objeto de mercado (Braidotti, 2009); de tal modo, como expresa Bernardo Pérez-Andreo (2011), "ha conseguido extenderse hasta acaparar el globo entero".

El método científico se basa en el mecanicismo, el reduccionismo y el determinismo. Toma la realidad, la disecciona en partes y la estudia, sin realizar una recomposición integradora del todo. La suplantación de una visión orgánica del cosmos por una visión mecanicista tiene un profundo efecto en nuestra comprensión de la realidad. En el núcleo de esta visión determinista se encuentra la idea de una causalidad lineal (Hathaway y Boff, 2014).

La mayor parte de las consecuencias climáticas de nuestros comportamientos actuales se verán en un plazo de 20, 30 o 50 años, en el mejor de los casos. Ahora estamos afectando a las posibilidades de vida de las generaciones futuras. Tenemos, así, una responsabilidad intergeneracional universal. Ello podría concretarse en forma de máxima "al estilo de Kant", de la siguiente manera: *"Produce y consume de tal manera que tu razonamiento, tus principios y tus actos de producción y consumo sean universalizables en este mismo momento para cualquier habitante de la Tierra, de tal manera que quede protegida la vida y el derecho a la justicia y la igualdad de las generaciones futuras, al menos en el mismo grado en que tú las disfrutas"*.

Este principio ético ha de concretarse, por supuesto, en la exigencia de responsabilidades políticas para nuestros gobernantes. El modelo lineal y mecanicista de la ciencia y el progreso clásicos no es el más adecuado para entender ni la vida ni las sociedades, las cuales funcionan como un sistema complejo, orgánico, cuyas propiedades son más que la suma de las partes y cuyo funcionamiento es no-lineal e indeterminista. Por eso, los economistas sostienen que la actual crisis económica es una crisis de "incertidumbre radical". Fallan todos los modelos de previsión y precaución ante lo desconocido de la nueva amenaza y el carácter global de la misma.

Por otro lado, el ser humano no puede progresar indefinidamente porque no es ni omnisciente ni omnipotente, sino que siempre tendrá una información li-

mitada y cometerá errores. Pero, además, los desafíos actuales a los que tiene que hacer frente la ciencia son los relacionados con los sistemas complejos, una de cuyas características es su funcionamiento caótico (imprevisible y sujeto a cambios bruscos o “transiciones de fase”). De esta manera, como sostienen Danah Zohar e Ian Marshall,

[...] la transformación social requiere que cambiemos nuestras categorías de pensamiento básicas, que alteremos todo el marco intelectual en el que expresamos nuestra experiencia y nuestras percepciones. Tenemos, en efecto, que cambiar nuestro “modo de pensar”, aprender un lenguaje completamente nuevo. (1994, p. 38)

Una nueva cosmovisión que tenga en cuenta esta complejidad social, económica, tecnológica y cultural proporcionaría un suelo fértil para nuestra imaginación, y nos abriría a nuevas perspectivas y a nuevas posibilidades. Una nueva lógica comunitaria dotaría a cada país del sentido de pertenencia a una comunidad humana global. Ello requiere un cambio de mentalidad y de planes de enseñanza escolar. Implicaría formar a los ciudadanos en la conciencia de pertenecer a la humanidad antes que a una determinada etnia. También implica capacitar para un pensamiento crítico que prevenga el aumento de la xenofobia, el racismo y todos los fenómenos de acentuación exacerbada de lo particular y lo propio. Para ello existen propuestas que desplazan el modelo de desarrollo desde el norte capitalista hacia la periferia, donde es posible encontrar modelos alternativos que no han sido completamente fagocitados por la modernidad y el capitalismo (Acosta, 2015).

La toma de conciencia de una nueva comunidad de destino compartido entre la naturaleza viva y la aventura humana debe convertirse en un elemento esencial de nuestro tiempo. Es necesario que nos sintamos solidarios con este planeta, de cuya existencia depende nuestra vida; debemos no solo cuidarlo y protegerlo, sino también reconocer nuestra filiación biológica y nuestra filiación ontológica.

4. La globalización obliga a un pensamiento complejo: pensar ecosistémicamente

La vinculación entre complejidad y ética está mediada por el pensamiento complejo, que es el pensamiento necesario tanto para captar las intrincadas interrelaciones de los problemas éticos como para elaborar una ética situada en el marco de esas interrelaciones cambiantes. La ética del cuidado en una sociedad en transición hacia un modelo poscapitalista, fruto de la ex-

periencia de vulnerabilidad global, será una ética de la acción en red y a través de redes, que asimismo piense los valores como nodos que se producen en las redes de valoración y discernimiento que utilizamos, y los principios éticos como las dimensiones —las variables— que estructuran los nodos de la red.

Pensar de forma global y compleja es superar el tipo de racionalidad tecnocientífica, instrumental, lineal, materialista y reduccionista, propio de la ciencia empírica clásica, tal y como ha sido asumida por el neoliberalismo capitalista que busca la univocidad y la linealidad precisamente para predecir y, así, controlar. Pensar orgánica o ecosistémicamente es pensar de forma re- ligadora, superadora de dicotomías y antagonismos, establecidos ideológicamente de forma interesada por aquellos que tienen poder para mantener a la masa de la población en la ficción de una individualidad plenamente autónoma.

La ética del cuidado es una expresión de interdependencia, que expresa la vulnerabilidad como elemento común a toda la especie humana y que nos iguala radicalmente, haciendo posible la empatía y el establecimiento de nuevos códigos de diálogo y construcción social y ciudadana. En tal sentido, la tarea del pensamiento global consiste en revelar la naturaleza compleja de los fenómenos —especialmente los fenómenos humanos— y, por tanto, su interrelación e independencia. En esta labor, se encuentra implícito nuestro compromiso para con el mundo. Nos hallamos en una era planetaria. La reforma del pensamiento debe estar al servicio de la humanidad entera y, de este modo, fomentar la solidaridad y la moral de la humanidad por encima del individualismo destructor.

En esta tarea ética, el pensamiento de la complejidad asume una posición activa: a partir de la creencia de que somos una parte componente de un sistema más global, el enfoque orgánico supone que debemos actuar para estar en armonía con dicho sistema. Aquí, el diálogo entre las ciencias y las humanidades cobra un valor fundamental, pues las ciencias han descubierto un inmenso potencial derivado de la evolución, los saltos cualitativos y el carácter irreductible de las síntesis superiores a los niveles inferiores (con los que siguen guardando una unidad dentro de la radical novedad surgida).

Todo ello nos habla de interconexión entre los niveles micro-meso-macro, y de una trascendencia a un ámbito natural que exige una nueva ontología; una nueva forma de pensar con rigor los principios y las causas de la realidad, una nueva filosofía. Ese diálogo entre ciencia y humanidades será el que nos ayude a comprender mejor nuestro lugar en el mundo. En definitiva, se trata de una reforma de nuestros esquemas mentales, de la

manera en que pensamos y concebimos el mundo y nuestra comprensión del mismo.

En tal sentido, este cambio de paradigma también reclama una reforma educativa. El desafío educativo básico consiste en superar la fragmentación disciplinaria propia del currículo académico tradicional y establecer un modelo de integración de saberes que se dan en la multidisciplinariedad, la transversalidad y la multidimensionalidad, para todos los niveles educativos, desde la escuela hasta la universidad.

La sociedad contemporánea está en constante transformación y atravesada por múltiples crisis. Vivimos un cambio de época: una metamorfosis no solo cultural, sino también antropológica que genera nuevos lenguajes fruto del entrecruzamiento disciplinario.

Estos nuevos lenguajes son imposibles de asumir y entender desde un planteamiento epistemológico clásico y lineal. Necesitamos un nuevo “conocimiento del conocimiento”, una sabiduría que posibilite un conocimiento de cómo usar el conocimiento para la supervivencia planetaria. Es decir, necesitamos una epistemología que, como estrategia del pensamiento y de la acción, nos permita una comprensión compleja y religada de la crisis social y posibilite una transformación sinérgica de las amenazas anteriormente descritas. Por ello, pensar de forma compleja y global requiere una nueva alianza entre ciencias y humanidades; entre el pensamiento y la vida; entre nuestro interior mental y las múltiples realidades en que se circunscriben nuestras vidas y ello, a su vez, requiere de una reforma educativa que posibilite las herramientas para pensar globalmente y actuar localmente.

Ahora bien, no se trata de decir apriorísticamente lo que hay que hacer —cosa, por demás, imposible—, sino de ir tejiendo con otros este gran lienzo o “trama de la vida”, como bien señalaba Fritjof Capra (2008). Por tanto, no se trata de transponer conocimientos, sino de situarnos en un proceso dialógico de deconstrucción/construcción de una nueva alianza (ciencias y humanidades) y dejarnos asombrar por las formas de pensamiento que hacen visible otra posibilidad. Se trata de visualizar cómo unos conceptos que surgen de disciplinas tan aparentemente dispares como la física, la química, la ética, la biología, la teología y la filosofía buscan una unidad fundamental, y pueden formar un tejido de lectura de nosotros a través de esa unidad religadora (pero no totalizadora ni uniformizadora) que habla y actúa en nosotros. De esta manera, las nociones interdisciplinarias se constituyen en conceptos-búsqueda, medios para un diálogo, negociación y creación de nuevos aprendizajes.

Por otro lado, estos conocimientos —en cuanto establecen una práctica en-redada con el mundo— son

simultáneamente acontecimientos éticos: trazan un espacio para caminar y transitar. Como decía el poeta Antonio Machado: “Caminante no hay camino, se hace camino al andar”. No se trata solo de cambiar el mundo (la relación entre las cosas y los hechos), sino también —y al mismo tiempo— nuestra más profunda identidad. Las reformas del pensamiento son simultáneamente los cambios de nuestra manera de ser. De no ser así, tendremos que acostumbrarnos a los estragos de la racionalidad reductora, dualista y fragmentaria que ha frenado sistemáticamente todos los grandes intentos de reforma social y ha impedido el surgimiento de una real fraternidad basada en una nueva humanidad.

5. Somos una red de cuidados mutuos

La modernidad, y especialmente el pensamiento liberal, con su énfasis en la individualidad, obvia que todos los seres humanos somos dependientes (necesitados de cuidados) en algún momento de nuestras vidas, sobre todo al inicio y al final del ciclo vital, cuando enfermamos o desfallecemos (Martín-Palomo, 2010).

Ello ha quedado dramáticamente patente en la pandemia del COVID-19. La imposibilidad de acercarnos y cuidar a nuestros familiares enfermos, aislados, nos ha colocado en una situación de dependencia de un sistema de bienestar colapsado y desbordado por su anclaje en los conceptos de la ciudadanía liberal y neoliberal. Tal realidad nos ha hecho tomar conciencia de que la dependencia y la vulnerabilidad no son situaciones raras, excepcionales o accidentales, que solo les suceden a “otras personas”, sino que son rasgos inherentes a la condición humana.

Decir “vulnerabilidad global” es, en realidad, una redundancia. Lo que ocurre es que ha tenido que fallar el sistema de protección social y el sistema económico para que nos demos cuenta de que el mito liberal del progreso ilimitado y del crecimiento ilimitado e individualista del bienestar es una ideología fallida.

La vulnerabilidad, la fragilidad y la interdependencia son condiciones propias de la naturaleza humana y es la gestión de la vulnerabilidad la que ha llevado a las personas a organizar la vida común a través de una red de cuidados solidarios. A pesar del individualismo que genera el sistema económico dominante, los seres humanos somos seres frágiles que necesitamos de los cuidados de otros seres humanos para poder sobrevivir (Millán y Santander, 2020).

Reflexionar sobre la vulnerabilidad implica, cuando menos, caer en la cuenta de que, aun siendo adultos, sanos e independientes, somos frágiles. Nuestra subsistencia, nuestra vida, nuestros proyectos, los sustentan cada día buen número de cuidados que nos dispensan

otras personas, o que nos prestamos a nosotros mismos; aspectos tan básicos como los hábitos de descanso, nutrición y aseo, que poseemos porque hemos sido educados así —en red— por otros.

Cada ser humano es el centro de una red compleja de relaciones de cuidado, en la que generalmente cada uno es cuidado y cuidador, según el momento o las circunstancias. Sin embargo, esta es una idea que no suele ser considerada. Aceptarla supone asumir que todas las personas somos vulnerables, y además revisar el ideal de total autonomía que preconiza la ideología neoliberal.

6. Ética del cuidado global y nuevos modelos de ciudadanía

Estas consideraciones invitan a desarrollar una reflexión crítica sobre la vulnerabilidad y la interdependencia como condición humana universal. En palabras de María Teresa Martín-Palomo:

¿Cómo conciliar la vulnerabilidad genérica con las vulnerabilidades concretas?, ¿cómo partir de esta consideración de la interdependencia y de la vulnerabilidad sin contribuir a banalizar o ignorar las vulnerabilidades particulares?, ¿cómo evitar que la vulnerabilidad se transforme en una mera abstracción? (2010, p. 63)

En el camino de la construcción de una globalización humana, es ineludible comprender las necesidades de los más vulnerables y desarrollar nuestra capacidad de empatía para entender sus necesidades. La ética del cuidado, a diferencia de otras tradiciones éticas, parte de una visión relacional e interdependiente de las personas. El problema radica en la incapacidad de ponerse en el lugar de otros seres humanos que carecen de oportunidades de superación, simplemente porque están lejos de nosotros ya sea conceptual o geográficamente. La vida exige un caudal de amor, dirigido incluso a los seres alejados de nuestra experiencia cotidiana. Es precisamente lo ilusorio de la distancia física, espacial y cultural, lo que debemos abordar al pensar en una ética global y cosmopolita.

Frente al miedo y a la amenaza que se erigen en Occidente como visión de la otredad, la ética del cuidado global —centrada en la vida— puede ayudarnos a cambiar de mentalidad respecto a la visión de la otredad. Una era de la interdependencia global demanda una ética relacional que sitúe el valor más elevado en la promoción, restauración o creación de buenas relaciones sociales y personales, y de prioridad de las necesidades e intereses de otros concretos (Robinson, 1999).

Uno de los grandes logros de la Ilustración fue el descubrimiento de la autonomía, aunque degeneró en un excesivo individualismo por una deriva liberal de las sociedades modernas. Un individualismo que implicaba la inflación de los derechos individuales, sin referencia alguna a los deberes, y la pérdida del sentido de pertenencia a la comunidad (Comins Mingol, 2015). La lógica que guía la ética del cuidado, por el contrario, es la de los seres humanos conscientes de ser necesitados unos de otros para conseguir una vida digna, y que optan también conscientemente por construir su personalidad a través de las relaciones de cuidado con los otros. En definitiva, una lógica que lleva a considerar que todas las vidas merecen ser lloradas (Butler, 2017b).

A la hora de construir modelos de ciudadanía, no se puede continuar dando por supuestas las estructuras del cuidado heredadas del modelo de rígida división de lo público y lo privado, que obvia que todas las personas somos vulnerables. Pero, para ello, se necesita un nuevo modelo o paradigma de pensamiento que una en vez de dividir; que religue, en vez de desligar y aislar. Ese pensamiento es el *pensamiento complejo*.

7. Conclusiones: ética del cuidado como ética compleja

El ciudadano global —que practica esta ética del cuidado, basada en la consciencia de la vulnerabilidad— es una persona que se identifica como parte integral de una comunidad mundial emergente. Es alguien que piensa en las problemáticas que están afectando a nuestro planeta, de manera global, contribuyendo al bienestar de la humanidad desde su propio lugar.

Un ciudadano global ve más allá de intereses particulares. No solo va más allá de los intereses individuales, sino incluso trasciende los intereses de grupos particulares, aunque sean grupos mayoritarios en determinadas sociedades. Su búsqueda es del bien común, que es el bien de todos, no solo de unos pocos o de una mayoría al precio de la injusticia sobre las minorías. Un ciudadano global cultivará la lógica del consenso y la metodología del diálogo deliberativo e inclusivo. Esta conciencia es el resultado de una combinación de empatía y conocimiento de la interconexión del mundo.

Los ciudadanos globales participan de un esfuerzo común por articular principios y criterios de decisión compartidos —consensuados deliberativamente— para apoyar unas nuevas creencias, valores y prácticas que constituyen una ética compleja: la ética del cuidado. Una ética global y ecosistémica que ayuda a aceptar la vulnerabilidad, la interdependencia y la empatía necesarias para motivar y mantener el compromiso transformador.

La religación ética que surge de todo ese cambio consiste precisamente en cuidados —mediante uniones, vinculaciones, relaciones— que causan un bien, que resultan benéficos y beneficiosos para las personas implicadas en ella y que, de ese modo, generan, constituyen, mantienen y regeneran a la sociedad. La nueva ética del cuidado se manifiesta como la apuesta por una red de relaciones empáticas necesarias para la creación y la continuidad de la sociedad; relaciones mediante las cuales la sociedad se constituye y regenera, no como una colectividad o suma de individuos, sino como una comunidad ecosistémicamente organizada.

Referencias bibliográficas

- Acosta, A. (2015). El buen vivir como alternativa al desarrollo. Algunas reflexiones económicas y no tan económicas. *Política y Sociedad*, 52 (2), 299-330. https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2015.v52.n2.45203.
- Braidotti, R. (2009). *Transposiciones*. Barcelona: Gedisa.
- Butler, J. (2017a). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2017b). *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.
- Capra, F. (2008). *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Barcelona: Anagrama.
- Comins Mingol, I. (2015). La ética del cuidado en sociedades globalizadas: Hacia una ciudadanía cosmopolita. *THÉMATA. Revista de Filosofía*, 52, 159-178. <https://doi.org/10.12795/themata.2015.i52.09>.
- Fleito, L. (2020). Vulnerabilidad y deliberación en tiempos de epidemia. *Enrahonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 65, 27-36. <https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1303>.
- Hathaway, M. y Boff, L. (2014). *El Tao de la liberación. Una ecología de la transformación*. Madrid: Trotta.
- Martín-Palomo, M. T. (2010). Autonomía, dependencia y vulnerabilidad en la construcción de la ciudadanía. *Zerbitzuan*, 48, 57-69. Recuperado de <https://bit.ly/3x1sAWX>.
- Martínez, E. (2020). Ética de la vulnerabilidad en tiempos de pandemia. *Veritas*, 46, 77-96. <https://doi.org/10.4067/S0718-92732020000200077>.
- Millán, N. y Santander, G. (2020). El virus cosmopolita: lecciones de la COVID-19 para la reconfiguración del Estado-Nación y la gobernanza global. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacios y poder*, 11, 251-263. <https://doi.org/10.5209/geop.69383>.
- Morin, E. (2020). *Cambiamos de vía. Lecciones de la pandemia*. Barcelona: Paidós.
- Pérez Andreo, B. (2011). *Un mundo en quiebra. De la globalización a otro mundo (im)posible*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Robinson, F. (1999). *Globalizing Care. Ethics, Feminist Theory and International Relations*. Oxford: Westview Press.
- Valdés, M. (2021). Vulnerabilidad social, genealogía del concepto. *Gazeta de Antropología*, 37 (1). Recuperado de <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=5463>.
- Zohar, D. y Marshall, I. (1994). *The Quantum Society: Mind, Physics, and a New Social Vision*. Nueva York: William Morrow.